

El oficio de ser religiosa

Carriña Navia Velasco / Universidad del Valle

“Yo creo en vos y en mí, en mí y en vos.”
Teresa Parodi, “Creo”
(Canción)

He sido siempre una buscadora de la Divinidad, del Misterio, de la Trascendencia, de la Shekiná, como queramos llamar a esa realidad de amor, de luz y de energía que nos constituye y nos contiene y de la que, estrictamente hablando, se puede decir tan poco. Desde muy niña, un par de recuerdos me transportan a ello: muchas veces me iba de mi entorno de juegos o conversas, de mi entorno de amigas, de combos o de hermanas, para perderme por los vericuetos de preguntas y pensares interminables que me dejaban siempre semiparalizada. Mis ojos se quedaban (quedan) presos del horizonte inmenso o infinito, práctica más o menos inconsciente y eventual que aún me visita. Por otro lado, los relatos repetidos año tras año de los dolores de la pasión de Jesús, ese ser misterioso, deseado y buscado, tantas veces huido, me acongojaban siempre, dejándome estática, dolorida, asombrada, interrogada.

¿Qué puedo responder si se me pregunta por mi *ser religiosa*? ¿Cómo traducir eso a un lenguaje (el religioso), que está gastado y oxidado, y que por otro lado hoy no interesa verdaderamente a casi nadie? Es claro que hablar de *oficio* no se puede. Tal vez de orientación, dedicación, energías captadas. En fin, a ver mis lectores y lectoras qué sacan en claro en medio de este bosque frondoso en el que intentaré adentrarme en busca de un sendero que nos lleve conjuntamente a alguna comprensión: “los ojos deseados, / que tengo en mis entrañas dibujados”, dice Juan de la Cruz.

Lo religioso en nuestros medios remite la mayor parte de las veces a lo eclesial, a formas de estar en el mundo que calificamos de *monjiles*, *clericales* o *piadosas*, formas que hoy, entre mujeres y hombres del siglo XXI (entre los que me incluyo), generan mucho rechazo e incompreensión. Formas que, por otro lado, desde siempre (desde mi adolescencia) rechacé por parecerme inútiles, ancladas en el pasado y lejanas de la vida real, además de aburridas. Mi encuentro con el mundo universitario —relaciones interpersonales y afectivas, lecturas literarias y filosóficas (existencialismo, marxismo, los clásicos, el *boom* literario de América Latina), formas de vida, discursos políticos— arrasó como un huracán mi fe infantil y adolescente. Ese huracán se llevó mucha basura, especialmente moral, pero me dejó sumida en preguntas interminables y en sin sentidos de angustia profunda.

Esa inclinación, posteriormente dedicación, fue regresando poco a poco, irrumpiendo de nuevo y tomando

diferentes caminos; se fue concretando de distintas maneras con el paso de los años. De alguna forma siempre ligué, especialmente en mi juventud y primera adultez, la pregunta por el absoluto con la presencia continuada y dañina del mal arrollador y de la injusticia en el mundo. Desde mi primera conciencia me atormentó el dolor y la tristeza permanente e injusta de algunas vidas. Nunca supe entender la disparidad de destinos cuando esa disparidad conllevaba exclusiones, dolores, atropellos sin fin. Al mismo tiempo la figura de Jesús de Nazaret siempre me atrajo de manera especial: su propuesta de vida enraizada en el amor, en el ágape, en la convivialidad, me cautivó y respondió muchas preguntas. Borges habla de ello muy bellamente en su poema, “Cristo en la Cruz”:

Nos ha dejado espléndidas metáforas
y una doctrina del perdón que puede
anular el pasado. (Esa sentencia
la escribió un irlandés en una cárcel.) (457)

Siempre he sido muy atenta a las corrientes que atraviesan la sociedad y he sido voluntariamente permeable por ellas. Un viaje a los Estados Unidos a principios de la década de los años 70, me acercó a los principios del movimiento *hippie*, su filosofía me motivó en algunos aspectos y empecé a leer el Evangelio desde estos presupuestos, comprendiendo a Jesús como el portador de un mensaje de amor y paz universal y captándolo como una mirada sobre la vida y las relaciones humanas y sociales, alternativa. Regresando a Colombia me fui a vivir a una comunidad en un barrio popular, y desde allí por varias décadas realicé un compromiso religioso-político en el que la vivencia de lo absoluto se convirtió por mucho tiempo en un horizonte ético, en la búsqueda y en la lucha por un mundo más justo.

Durante un par de décadas, lo que hoy considero propiamente la *vivencia de la Divinidad* se opacó en lo absorbente que puede ser una vida cotidiana entregada a estas causas y en el compartir los días con mujeres del barrio, cuyas existencias suponen cada mañana el milagro de la sobrevivencia que se resuelve en la tenacidad y la inventiva de lo que podríamos llamar (parodiando a Alfredo Molano) “el rebusque menor”. Desde una vida con las necesidades inmediatas de sobrevivencia resueltas, ser testigo directo de tantas carencias, en ocasiones las más elementales, arrugaba mi corazón, aún lo arruga y el contraste con otras vidas en las que el despilfarro era lo permanente y característico, aún más. Es claro sin embargo, que de fondo esa necesidad de infinito me corroía, habitaba mi corazón, mi cuerpo, y afloraba con fuerza en días de reposo y de múltiples formas

en mis poemas. De todas maneras, nunca se separaron en mí la experiencia de Dios, su llamado-atracción y el servicio y entrega a una causa que siempre deseó hacer de este un mundo mejor.

La búsqueda religiosa se concretó en la mirada al Evangelio del Maestro galileo y en la confrontación personal y colectiva con sus actitudes y propuestas. En estos años propuse y profundicé una mirada a las mujeres bíblicas, aprendiendo a significar sus roles y sus propuestas en medio de procesos anclados en sociedades patriarcales y androcéntricas, aprendiendo y enseñando a mirar la especificidad de sus palabras y de sus experiencias. Mi dedicación principal fue a estas tareas. En mi quehacer, me guió el mismo sentimiento de Manuel Machado:

Procura tú que tus coplas
vayan al pueblo a parar
aunque dejen de ser tuyos
para ser de los demás.

Que al fundir el corazón
con el alma
popular lo que se pierde de gloria
se gana en eternidad. (vv. 9-16)

Pasaron muchas cosas en mi vida, en el mundo y en la sociedad, y llegaron los años líquidos (ese excelente calificativo con el que Zygmunt Bauman designa los momentos actuales que vivimos en Occidente). El horizonte utópico de estructuras sociales, políticas y religioso-eclesiales se alejaba cada vez, hasta sentir que casi estaba clausurado; no porque las causas y las raíces de este sueño-deseo hubieran desaparecido, sino porque el sistema como tal, el núcleo de poder que sostiene las injusticias en diferentes instancias, además de siempre más perverso se hizo cada día más fuerte, más omnipotente, más impenetrable. La utopía como todo horizonte, se alejó más y más en la medida en que tratábamos de caminar hacia ella.

Cometimos errores en ese caminar: desconocimos muchas veces los anhelos concretos que se escondían en el corazón de aquellos y sobre todo de aquellas a quienes queríamos ayudar, pospusimos indefinidamente el logro de la felicidad y de la equidad por la cual luchábamos, ignoramos aspectos tan definitivos en la vida humana como el afectivo, el emocional, el existencial cotidiano. La teología de la liberación que acompañó mi búsqueda de Dios en esos años encasilló esa misma Presencia o Energía Divina en imágenes o metáforas, siempre masculinas, que fueron desgastándose, agotándose.

Al mismo tiempo, fue madurando y creciendo en mí cada vez más la conciencia sobre mi *ser mujer*. Con el desarrollo de esta conciencia y sentimiento fui re-mirando y comprendiendo de nuevo todo mi ser/estar en la sociedad, en la iglesia y en el mundo y el de las mujeres en general. El horizonte utópico dio en mí un vuelco de 180 grados. En este proceso, un interrogante, quizás el más serio, se centró

precisamente en mi experiencia de la Divinidad, en las imágenes a partir de las cuales me aproximé, me relacioné o percibí esa realidad en las diferentes etapas de mi vida, tanto en el nivel personal como en el grupal. Cuando la persona es creyente, la realidad Divina la constituye en su más íntima identidad, por ello cualquier cambio significativo o bien se genera en él, o bien afecta seriamente ese núcleo más íntimo.

Empecé a vivenciar conjuntamente con un grupo de mujeres religiosas las imágenes que usábamos y que nos configuraban frente a esa realidad última en la que enraizábamos nuestra vida; igualmente, examinamos y repensamos nuestra pertenencia a la iglesia, una institución que niega totalmente la posibilidad de la mediación a las mujeres, con lo que les arrebató parte significativa de su potencia.

Con la ayuda de Dorothee Sölle y de Elisabeth Schüssler Fiorenza, con sus conceptos de *hermenéutica de la sospecha* y de la *ecclesia de mujeres*, fuimos adentrándonos en los límites de nuestras experiencias religiosas y espirituales. Dorothee Sölle nos enseñó a mirar desde otros ángulos el nombre de Dios, lo que quiere decir su experiencia:

Lo que nos hace falta no son imágenes, sino una experiencia memorable de Dios. Nos aprieta y coarta el corsé del lenguaje autoritario de los hombres, que nos hace incapaces de recordar como una experiencia el misterio de la vida, al que llamamos Dios. (47)

Marcela Lagarde y su propuesta alrededor de *Los cautiverios de las mujeres* me iluminó sobre mis propios cautiverios espirituales y los de las mujeres católicas y cristianas especialmente. Simultáneamente, el dolor de las mujeres populares fue arraigando nuestra convicción de que son las mujeres las más pobres entre los pobres y nos fue exigiendo parcializar nuestro compromiso hacia ellas. Con este nuevo reto se nos abrió un horizonte que crece cada día al amanecer.

En un camino como éste, si uno seriamente busca y se pregunta, las antenas se abren y el nivel de captación y sensibilidad se ensancha. En algunas etapas de nuestra vida se producen cambios profundos en nosotros, se trata de un “darse a luz” en el sentido sugerido por Emma Martínez Ocaña:

[...] reestructurar nuestros valores, cultivar nuestras utopías, sueños y deseos, reelaborando una y otra vez el sentido de nuestra vida y descubriendo cómo la vamos unificando, haciendo verdad en el despliegue de nuestros yoes externos nuestro YO profundo, trabajando así un talante que vaya siendo cada vez más auténtico y coherente con todo lo que vamos construyendo y elaborando. Todo esto tiene que ver con darse a luz a una misma. (112)

En esta etapa reciente de mi vida hay dos aspectos de los reclamos ante un sistema destructivo (diabólico,

diríamos en otro paradigma), que me atrapan especialmente. Por un lado, la violencia ejercida permanentemente contra las mujeres. Violencias de todo tipo: física por supuesto (asesinatos, violaciones, agresiones y golpes); violencia social, disparidad en oportunidades, en salarios, en accesos; violencias simbólicas muy importantes (exclusiones y silenciamientos científicos, literarios, culturales en un sentido amplio); injusticia histórica de reconocimientos. He vivido en los últimos años en lucha permanente y alerta contra estas injusticias que minan la autoestima, personal y colectiva, femenina y sus posibilidades de realización y proyección social.

Por otro lado, por mi trayectoria creyente, me preocupa mucho el problema de la mediación religiosa y sus consecuencias en la vida de miles y millones de mujeres en la historia y en el hoy. La mujer, en distintos momentos y en algunas culturas, ha sido mediadora privilegiada en el ámbito de lo sagrado. Para pensar sólo en mi tradición religiosa, la cristiana, las mujeres fueron líderes indiscutibles en los orígenes de la formación eclesial, fueron líderes y seguidoras de Jesús en pie de igualdad. A lo largo de dos o tres siglos, la lucha de géneros las relegó a un papel secundario y con el tiempo les privó absolutamente de toda posibilidad de mediación y de acceso a Dios que no pasara por un varón.

En estos dos aspectos y reclamos realizo mi compromiso social y mi capacidad de lucha y resistencia frente a un mundo inadmisibile en muchos sentidos. Siempre voluntariamente acompañada por mujeres populares que señalan el ritmo de la caminada.

Es necesario señalar que muchos de los problemas que nos acucian como sociedad (como la guerra, la inequidad económica, las exclusiones de distinto tipo, los homicidios y asesinatos) se justifican infinidad de veces por medio de la manipulación de lo religioso. Esa manipulación sería menos posible si las iglesias se organizaran en forma democrática, igualitaria, abierta al diálogo y a la confrontación, y no refugiadas en dogmas inapelables y en autoridades verticales y jerárquicas que no escuchan la voz de los márgenes.

Vivo mi condición de creyente en la radicalidad de la liminalidad. Sólo en los límites se puede vivenciar la ceguera que caracteriza tantas veces el centro y las dinámicas marcadas por la centralidad en formaciones sociales que se niegan sistemáticamente a escuchar clamores distintos a los suyos. Las mujeres populares, en la medida en que viven procesos que les permiten despertar a la fuerza interna que tienen dormida, pueden constituirse en una gran potencia de transformación.

Por otro lado, en la medida en que las imágenes de Dios se me escapan y desestabilizan, mi búsqueda de esa Luz, de esa Energía de Amor, se hace más imperativa, más necesaria y más intensa, requiere mayor dedicación y creatividad. Realizo esa búsqueda en caminos de circularidad (similares a los que nos invita Jean Shinoda Bolen, en su *Millonésimo círculo*). Inscrita en una tradición femenina que arranca de María de Magdala y recoge a las místicas medievales, a Hildegarda von Bingen, a Clara de Asís, Teresa de Ávila, Isabel de Villena, Mary Ward y muchas otras, de manera especial a las beguinas, esas pioneras de la espiritualidad en medio de las urbes, estas mujeres me enseñaron a sanar las heridas al borde del camino, al mismo tiempo que se permanece a la escucha del Misterio.

Termino este buceo de palabras con la expresión poética de Hadewijch de Amberes que nos enseñó lo escurridiza y grandiosa que es la Divinidad:

Pero hay quien pone su confianza en el mañana
Y pronto su corazón se llena de despecho.
Mas quien quiere afrontar al Amor con amor,
Escoge la vía más segura...

Queremos seguir al Amor
Que jamás al justo dama Amor rechaza...
Otros alcanzan tus cimas, yo me quedo en el valle,
Presa de horror ante el camino que me aguarda...

En tu furor tomas posesión de un alma
Y desde dentro la devoras por entero;
Alimentas a otra con dulzura
Sin hacerla tuya ni un instante... (XVI)

Obras citadas

- Borges, Jorge Luis. "Cristo en la cruz". *Los conjurados*. Obras completas vol. 3. Buenos Aires: Emecé, 2006. Impreso.
- De Amberes, Hadewijch. "Poema XVI". *Poemas del deseo*. Madrid: Trotta, 1999.
- De Yepes Álvarez, Juan (San Juan de la Cruz). "Canciones entre el alma y el Esposo". *Cántico espiritual*. [1622]. Web. 21 oct. 2013. < <http://cvc.cervantes.es/obref/sanjuan/edicion/canciones.htm> >.
- Machado, Manuel. "La Copla". Web. 25 oct. 2013. < <http://amediavoz.com/machadoM.htm> >.
- Martínez Ocaña, Emma. *Te llevo en mis entrañas dibujada*. Madrid: Narcea, 2012.
- Parodí, Teresa. "Creo". *El canto que no cesa*. Sony Music Entertainment, 2001. Canción.
- Sölle, Dorothee. *Reflexiones sobre Dios*. Barcelona: Herder, 1996.